

Para una historia total

Entrevista con John Elliott

Jordi Doce

*La figura del historiador británico John Elliott (Reading, 1930) apenas necesita presentación en el mundo de habla hispana. Desde que en 1963 diera a la prensa su primer libro, *The Revolt of the Catalans*, su trabajo ha sido fundamental para la comprensión y dilucidación de la historia imperial española, a la que ha dedicado páginas que exhiben ambición, amor por el detalle y lúcida mirada crítica, aparte de una prosa impecable que bebe en la mejor tradición del ensayismo británico.*

Tras realizar estudios en Eton y licenciarse en Historia por la Universidad de Cambridge, donde enseña durante once años, John Elliott pasa a ocupar en 1968 la Cátedra de Estudios Históricos de University College, en Londres. En 1973 se traslada a la Universidad de Princeton, en Estados Unidos, donde entra a formar parte del prestigioso Instituto de Estudios Avanzados, y en 1990 regresa a Gran Bretaña, donde durante siete años es Regius Professor de Historia Moderna de la Universidad de Oxford.

*Entre sus múltiples libros y estudios destacan (se da fecha de las ediciones originales): *The Revolt of the Catalans* (1963), *Imperial Spain* (1963), *Europe Divided* (1968), *The Old World and the New* (1970), *A Palace for a King* (1980) y su biografía del Conde-Duque de Olivares, publicada en 1986. Ha sido galardonado en España con incontables premios, de los que cabe nombrar la Medalla de Oro de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en 1987, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 1990, el Premio Antonio Nebrija de la Universidad de Salamanca en 1993 y el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales en 1998. Es doctor honoris causa por las Universidades de Génova, Barcelona, Portsmouth, Warwick, Brown y la Autónoma de Madrid, y ha recibido, entre otras, la Orden de Alfonso X el Sabio y la Orden de Isabel la Católica. En 1994 recibió el título de Sir de manos de la reina Isabel de Inglaterra.*

John Elliott reside con su mujer, Oonah, en un hermoso y tranquilo cottage del pueblo de Iffley, en las afueras de Oxford, no muy lejos de una vieja iglesia normanda del siglo XII. Bordeando la casa, una estrecha calle en pendiente baja hasta la orilla del Támesis y la famosa esclusa de Iffley,

que pauta el avance de gabarras y fuerabordas y acompaña a una réplica en madera del puente matemático de Cambridge. La entrevista tuvo lugar en el jardín de su casa, en una calurosa y soleada tarde de finales de junio de la que resta, sobre todo, el recuerdo de unos deliciosos scones caseros y la conversación atenta, cordial e inteligente de un hombre que ha hecho de la historia de España su pasión y devoción. Entre la sonrisa abierta y la mueca ensimismada, Sir John Elliott encadenaba las respuestas con el gesto pausado de quien ha recorrido muchas veces el mismo paraje pero no descarta aún nuevos destinos, nuevos descubrimientos. La convicción precisa de su voz supo dar realidad a lo que corrió muy bien el riesgo de disiparse bajo el sol del incipiente verano inglés.

Jordi Doce: Usted pertenece a un antiguo linaje de estudiosos británicos interesados por España, un linaje que curiosamente empieza a finales del siglo XVIII con dos escoceses, William Robertson y Robert Watson, que escribieron sendos recuentos del reinado de Carlos I y Felipe II, respectivamente, y que se prolonga con un grupo de escritores románticos o que tienen una visión romántica de España, como Richard Ford o George Borrow. ¿Cuál cree usted que han sido las aportaciones más importantes de dicho hispanismo y en qué medida su trabajo engarza o está reñido con esta tradición?

John H. Elliott: Hay que reconocer, en principio, que la tradición del hispanismo en Inglaterra está centrada más en la literatura que en la historia. Quiero decir con esto que, aparte del esfuerzo de Robertson o de Watson, no hubo gran interés entre los historiadores ingleses por la historia de España, con la excepción de algunos aficionados. Un ejemplo es Martin Hume, a finales del siglo pasado, que, si bien no disfrutaba de ningún puesto académico, había trabajado bastante en los archivos españoles e ingleses. Su tipo de historia, no obstante, aunque hasta cierto punto muy útil, es una visión bastante romántica de la historia de España, y durante la primera mitad de este siglo hubo pocos historiadores profesionales en este país que se interesaran por España. Siguieron prevaleciendo los aficionados, como Sir Charles Petrie, que también historió el reinado de Felipe II.

Pienso que las cosas cambiaron después de la Segunda Guerra Mundial, y un ejemplo es Sir Raymond Carr, que empezó con la historia de Suecia pero pasó a interesarse por España. Yo, por mi parte, me adentré en la historia de España más por casualidad que por una determinación mía, y es que fui a España durante mis primeras vacaciones como estudiante en Cambridge con un grupo de ingleses que recorrieron la península en coche.

Pasamos allí unas seis semanas, y el país me impresionó y me interesó enormemente. Así que cuando decidí ser historiador y escribir mi tesis doctoral, le pregunté al profesor Butterfield, que por aquel entonces era el catedrático de historia moderna en Cambridge, si tenía interés en una tesis sobre algún aspecto de la historia española. Y él se mostró encantado, precisamente porque había una falta de ingleses dedicados a este asunto, y me alentó a seguir por ese camino.

J. D.: *Volviendo a mi primera pregunta, no deja de ser sintomático que la Historia de América, de Robertson, fuera prohibida en España a finales del siglo XVIII.*

J. H. E.: Sí, se sospechaba mucho de los extranjeros que se interesaban por la historia de España.

J. D.: *Sin embargo, si no me equivoco, este libro muestra un intento por comprender a los protagonistas de la historia. Aunque el autor no se guarda sus juicios, hay un intento por situarse en el momento en que ocurren los hechos, por entender el contexto en que tienen lugar.*

J. H. E.: Sí, lo mismo pasa con Watson.

J. D.: *Se me ocurre, en cierto modo, que su manera de enfocar el estudio de la historia es muy similar, en el sentido de que usted se ha esforzado siempre en comprender a los protagonistas de los hechos, en valorar sus actos y decisiones en relación con la visión del mundo y del hombre imperante en esta época.*

J. H. E.: En nuestro caso, por ser nórdicos y protestantes, el esfuerzo ha sido considerable. A mi juicio un historiador debe ponerse en el lugar de los que estudia, por lo que hace falta un esfuerzo de empatía para conectar con una sociedad tan distinta de la propia. Este es uno de los grandes retos para cualquier historiador, en especial si tenemos en cuenta la tradición de tirantez y rivalidad entre España e Inglaterra durante tantos siglos, y la fuerza de los estereotipos británicos y españoles. Aunque por otro lado, como ya hemos comentado, durante el siglo XIX hubo varios ingleses, como Borrow o Ford, que viajaron a España y se esforzaron por entender a este país. Le costó mucho a Borrow, que era tan buen protestante, pero las simpatías aparecen claramente en su obra, cuando habla del pueblo español. En este sentido, supongo que yo estoy dentro de la tradición de los

que quieren entender para mejor explicar, a sus compatriotas y tal vez a sí mismos, cómo es España, que para tantos europeos del XIX era un país todavía exótico, el país más africano de Europa.

J. D.: Realmente, lo que parece que abunda en España es, por un lado, un sentimiento muy fuerte de autocrítica, que alcanza un punto culminante en los escritos de la generación del 98, y por otro una tendencia a ver el pasado de España en términos de excepcionalidad, como caso aparte, es decir, como país destinado al imperio y al fracaso por una especie de fatalidad histórica. ¿Cree usted que sus escritos o los de Sir Raymond Carr han contribuido a una visión más equilibrada de la historia, además de insertar a España en el devenir histórico del conjunto de Europa?

J. H. E.: Pienso que sí. Claro que todos vemos la historia de nuestros países como una historia excepcional. Cualquier país. Y es verdad que los españoles, desde el siglo XVII en adelante, han mostrado una gran preocupación por los fracasos de su historia, y han buscado una explicación en algo quintaesencialmente español que está destinado a fracasar, como hicieron los escritores del 98. Pero si uno observa el pasado desde fuera, consciente de que todos los países tienen sus éxitos y fracasos, esta leyenda negra que los propios españoles se han creado no me convence. No me convenció, desde luego, cuando comencé mi exploración. Al mismo tiempo, como este tema del excepcionalismo me preocupaba, yo quería ver tanto las semejanzas como las diferencias entre lo que pasaba en España y lo que pasaba por esa misma época en el resto de Europa. En este terreno me ayudó mi formación en Cambridge, que se había centrado no sólo en la historia inglesa sino también en la europea. Y yo me convertí en historiador profesional durante la postguerra, cuando los historiadores marxistas, en especial, y los de la escuela de *Annales*, mostraron un gran interés por analizar el conjunto de la historia europea a partir de algunos puntos clave.

Pondré un ejemplo: en los años sesenta, un famoso artículo de Eric Hobsbaum dio pie a la idea de que el siglo XVII, más en concreto el período comprendido entre 1620 y 1680, había sido un período de depresión europea. Hobsbaum y otros situaron la llamada crisis del siglo XVII dentro del contexto de la transición del feudalismo al capitalismo, e intentaron demostrar que Inglaterra, en especial, al superar la crisis, abrió el camino a la industrialización. Pues bien, como los historiadores ya hablaban del problema de la depresión como un problema europeo, era natural que yo, que estudiaba en ese momento la historia española del XVII, la relacionara con ese debate. En otras palabras, he intentado insertar a España dentro del con-